

Entrañable



Pedro, entrañable Pedro,
¿Qué pensamientos
pasaban por tu mente, qué recuerdos,
cuando, improvisado viajero,
navegabas al centro del Imperio?

A tu mente saltaban sin respeto
innumerables ecos,
de una vida de cambios y rodeos,
cayendo unos con otros como piedras al talego.



Aquel primer saludo de Jesús Nazareno,
que te prendió una hoguera dentro...
La barca y sus paseos
por Genesaret con sus vientos,
y tú escuchándole sin pestañeos...

Aquella compasión de otro universo
hacia las prostitutas, marginados, extranjeros...
Su entusiasmo sin límites en lo malo y lo bueno...
Sus peligros y riesgos,
que a ti te sacudían todo el cuerpo...
Getsemaní y tu invencible sueño...

Tus lágrimas sin freno,
después de traicionarle con largos juramentos...
Aquella su mirada de perdón y sentimiento...
Resurrección, el gozo incontenible, inmenso...
Pentecostés y tu sermón al pueblo
con bautizos sin cuento...
El conductor fraterno
de un poderoso movimiento,
mas criticado y expulsado de tu propio suelo...

Oh, Pedro, Pedro,
que ibas a ser pequeño,
escondido en los mares galileos.
¡Qué grande te hizo el arquitecto
de la tierra y los cielos,
con tu querido Amigo el Nazareno!

